

## EL ALMA DEL MÉDICO

21 – 10 – 1993

Comenzaré recordando las palabras de Osvaldo Loudet, médico y psicólogo contemporáneo:

“El que no tiene capacidad para desvivirse por otro, más allá del estricto deber, en una trágica circunstancia, no merece ser médico ni merece ser hombre”

Esto se dijo en el siglo XX y tal vez es el resumen del pensamiento de miles de años.

Se ha dicho que las enfermedades son más antiguas que el hombre. En la Edad de los reptiles, cuando el ser humano aún no existía en el planeta, antes de que la superficie de la Tierra se cubriera por última vez de una capa de hielos, existían ya las enfermedades. En los restos fosilizados de dinosaurios gigantescos se encuentran trazas de fracturas, huesos rotos que son la única prueba de una lucha a muerte que tuvo lugar quizás hace millones de años.

También hay indicios que esos huesos se curaron, soldándose, en algunos de aquellos animales que deben haber andado cojeando por un mundo que el ser humano no llegó a ver.

La historia de las enfermedades está escrita en archivos de roca y de tierra. Era de esperar que se hallaran las pruebas de esas fracturas, pero lo que es aún más importante es que también se hallaron pruebas de que existían las infecciones. Dinosaurios, osos de las cavernas y esmilodontes sufrieron dolores de muelas, como lo prueban las cavidades que se hallan en dientes fosilizados.

En huesos prehistóricos se encontraron formaciones de tipo esponjoso que demuestran la pre-existencia de una especie de reumatismo articular, y en una pata de un esqueleto de dinosaurio con cuernos descubierto más o menos recientemente (hace 30 años) se pueden advertir huellas de un absceso que debió contener cerca de 2 litros de pus. Los microbios también existían antes de que el humano apareciera.

Hace cientos de cientos de años estaban ya preparadas las fuerzas y el escenario listo para la gran batalla que iba a tener que afrontar la raza humana: la de las enfermedades contra el ser humano y éste contra las enfermedades.

Entonces, como cae el telón para el entreacto, cayó sobre el continente europeo, el período glacial, cuyas causas son todavía teorías, y durante siglos, el hielo cubrió tierras sin vida.

Después gradualmente, tuvo lugar el deshielo, la decoración cambió, empezó otra era y un actor nuevo: el ser humano, hizo su aparición en escena.

Hace 30.000 a 40.000 años, grandes masas de hielo fueron retirándose despacio hacia las montañas. Torrentes de agua del hielo derretido hendieron valles en la tierra y el nivel de los mares empezó a subir. Si bien aún hacía bastante frío, ya el aire empezaba a secarse y tempestades de polvo azotaban la tierra. Cerca de la costa empezaban a crecer los bosques y tierra adentro, en praderas que se agrandaban a medida que el hielo se retiraba, empezaba a crecer una hierba que atrajo a los animales.

Siglo a siglo, lentamente, vinieron primero los animales con piel de pelo largo, y después a medida que el clima cambiaba, los herbívoros de pelo corto. Su historia, como la de los reptiles que los precedieron está escrita en archivos de roca y de tierra. Por lo fósiles se pueden identificar al rinoceronte lanudo, al mamut de colmillos enormes, al carnero almizcleño, al bisonte, al reno y al

caballo salvaje. Siguiendo a los herbívoros aparecieron los animales de presa: el oso, el zorro, la hiena de las cavernas....., y el ser humano.

El ser humano llegó a través del África del norte siguiendo esta lenta migración hacia las tierras de un mundo en transformación que después de milenios sería Europa. Estos hombres, que siguiendo al reno y al caballo llegaron al territorio de la actual Francia, no eran los primeros que allí vivían, pero sí los que físicamente se asemejaban al humano actual. Sus predecesores eran muy distintos: bajos, rechonchos, de piernas torcidas, frente saliente y mentón hundido. Eran probablemente más salvajes, más primitivos y bestiales que cualquiera de los pueblos más bárbaros que puedan existir hoy, incluso en las selvas más remotas. Nuestra historia trata del hombre que seguía al reno, y él, al menos en apariencia, no pierde nada comparándolo con el hombre moderno. Era de estatura casi gigantesca, de cuerpo erguido, piernas y brazos vigorosos y cabeza grande. Nos referimos al hombre de Cro-Magnon, lugar de Francia en Dordogne donde primero se encontraron sus restos.

Este pueblo primitivo tiene un interés especial debido a que en él hallamos las primeras pruebas de la existencia de un médico.

Hace 20.000 años había ya empezado la batalla entre el ser humano y la enfermedad. Y un jefe brujo fue elegido para que dirigiera las fuerzas de que disponía para luchar por la salud y la vida.

No existen pruebas que puedan decirnos como luchaba contra la enfermedad el hombre anterior al de Cro-Magnon, pero podemos imaginar que su vida era dura, cruel y corta, y que sus conocimientos en cuanto a curar o prevenir enfermedades, o atender heridas, no eran muy superiores a los que tenía los animales salvajes, quienes deben luchar solos contra sus dolencias físicas y esconderse para no ser atacados, y finalmente, o cura espontáneamente o se aísla para morir.

La caridad, la buena intención de ayudar al incapacitado y el enfermo, de luchar en su defensa contra las dolencias físicas fue el primer paso que dio el hombre contra la enfermedad. Esta actitud, en cierta medida por lo menos, se despertó en el hombre de Cro-Magnon, 20.000 años atrás, ya que en sus tribus habían jefes investidos de autoridad para combatir las enfermedades: los hechiceros.

Es obvio que su medicina era tan primitiva como ellos mismos, pero nos legaron el primer principio de la medicina:

*Que haya personas cuyo deber es el de dedicarse al cuidado del enfermo y del inválido, y que deba hacer todos los esfuerzos posibles para salvar de la enfermedad a sus semejantes.*

El hombre de Cro-Magnon se extinguió, cambió, evolucionó. Cambió el clima de las tierras donde vivió. Más tarde aparecieron hombres de otras tribus. Después de milenios, llegaron del este, hombres con cascos de acero: los romanos, que apartando a los bárbaros de su camino hicieron avanzar la civilización. Luego, los bárbaros, a su vez, derrotaron a las legiones romanas. Se levantaron castillos, aparecieron los señores feudales y después los reyes. Se desataron guerras, se construyeron fábricas, ferrocarriles y automóviles. El panorama de la historia se desplegaba sobre las tierras donde el hombre primitivo vivió.

Durante 20.000 años los anales del pueblo de Cro-Magnon y sus hechiceros yacieron enterrados en la paz de las cuevas de las montañas. Al descubrirlas con sus enseres y las pinturas que dejaron en ellas pudimos saber algo de

ellos. Una de ellas, en particular, encontrada en Ariège (Francia) conocida con el nombre de los “tres hermanos” (Les tríos frères) en honor a sus descubridores, los 3 hijos del conde de Begoüen, merece nuestra atención, ya que en ella se encuentra una de las pocas pinturas rupestres representativa de un hechicero de Cro-Magnon y se considera la primera representación pictórica de un médico.

Está ataviado de una manera fantástica, con la piel de un animal sobre los hombros. En la cabeza lleva cuernos de un reno, sus orejas parecen la de un oso, calza guantes con garras. Completando su vestimenta, una larga barba ondulante y la cola de un caballo. Este pueblo no tuvo lenguaje escrito ni pintado, así que nunca sabremos el nombre de este médico primitivo. No conoceremos tampoco las hazañas de magia que llevó a cabo, ni las curas maravillosas que logró, pero sí sabemos que sus semejantes le pidieron ayuda en sus dolencias.

El hombre primitivo creía que las enfermedades no provenían de causas naturales, sino sobrenaturales, que eran obra de dioses y demonios, y actuaba en consecuencia. Esto lo encontramos en todas las tribus primitivas, en todos los tiempos, aunque no hayan tenido contacto unos con otros. Aún hoy, en pueblos apartados existe la creencia de que sólo pueden curarse por magia y brujería. Lo hemos visto descrito en tribus africanas, americanas, entre los druidas de la antigua Bretaña, en los bárbaros que vagaban por los bosques de la Alemania y en los antiguos anales de Egipto, Babilonia, Grecia y Roma. Ha persistido a través de la civilización y persiste hoy en día.

La idea básica del origen sobrenatural de la enfermedad pudo haber nacido en algún lugar y luego extenderse, o nacer simultáneamente en todos los pueblos, ya que el hombre es esencialmente el mismo y razonará de una manera determinada sobre los peligros que los rodeaban y amenazaban.

Lógicamente buscaba una causa externa que a veces encontraba, por ejemplo en los accidentes. Cuando esa causa no era visible lo atribuía a alguna fuerza invisible maligna o vengativa. Entonces el salvaje llegó a la conclusión de que tanto hombres como animales poseen algo (nosotros lo llamamos espíritus) que puede desprenderse de ellos y viajar largas distancias (sabía que soñaba) y que sobrevive a la muerte.

Atribuía a todo lo que lo rodeaba las cualidades inherentes al hombre: los árboles hablaban, los truenos eran la voz de un gran espíritu, el sol se comía a la luna todos los días.....

El hechicero hacía de la visita al enfermo una ceremonia complicadísima. Se vestía de una manera que impresionara al espíritu maligno, y llevaba gran cantidad de amuletos, bailaba, gritaba, agitaba sus cascabeles. Algunas veces, echaba agua sobre el enfermo, otras llenaba la tienda de humo.

Los demás creían ciegamente en su poder y dominio; y podía en cierta forma, ayudar al enfermo en forma mental, disminuyendo sus sufrimientos, creyendo en su curación a causa de la fe que inspiraba el saber del hechicero.

En algunos casos, la curación de algunas enfermedades, que puede ser espontánea, se le atribuía al poder del curandero – hechicero. Aún hoy, algunas enfermedades infecciosas, de las que se conocen su evolución en cuanto a los días de incubación, de estado y resolución, a veces, se cree que fue curada sorprendentemente por algún curandero, porque éste actuó en el momento en que ya desaparecería sin ningún tratamiento.

Pero, por otro lado, el hombre primitivo observaba que algunas veces enfermaba por actos repetidos. Por ejemplo, si comía fruta verde tenía dolor de estómago. El no sabía que tenía estómago, pero sí dolor. O comía pescado descompuesto al sol y le causaba dolores agudos, o tenía una reacción en la piel por acercarse a determinadas hojas.

Lenta y dolorosamente, a fuerza de calamidades, fue adquiriendo un conocimiento práctico de la higiene y se lo enseñaba a sus descendientes. Como siempre, pensaba que los espíritus malignos producían las enfermedades y les atribuía gustos parecidos a los suyos; por eso utilizaba hierbas amargas o desagradables, para ahuyentarlos. Probablemente, muchos no tenían acción curativa, pero a veces, harían vomitar al paciente o actuarían como purgantes, y lo mejoraban.

En otros casos observaban que había un efecto y continuaban administrándolo. Hay ejemplos muy interesantes:

El cáñamo, el muérdago y la infusión de adormidera ahuyentaban a los espíritus malignos del dolor. Hoy sabemos que contienen analgésicos y antiespasmódicos.

Las flores femeninas del cáñamo segregan un principio activo sedante y narcótico, que es aún más abundante en la variedad *cannabis sativa indica* (marihuana), de donde se obtiene el destilado *hachís*.

El muérdago era una planta sagrada en la tradición druida de los celtas entre quienes simbolizaba el espíritu, ya que sus raíces no tocan la tierra.

Los frutos de la adormidera conocida como *papaver somniferum*, son fuente de opio.

La corteza del sauce y del abedul negro calmaba los dolores reumáticos. Actualmente la farmacología obtiene la aspirina del sauce, y la variedad *betulla del abedul* contiene aceites esenciales.

Los retoños de cicuta recién cortados curaban el escorbuto. Se debe a su contenido en vitamina C.

A los pacientes con hidropesía se les daba sapo hervido en agua. Hoy se sabe que la piel del sapo contiene una droga llamada bufonina, muy eficaz en el tratamiento de la hidropesía.

De la antigua China viene la creencia de que para librar a los lactantes del mal espíritu que el produce convulsiones, es beneficiosa la administración de pedacitos de hueso de dragón. Tales fragmentos eran realmente huesos de dinosaurios fosilizados enterrados en las arenas del desierto de Gobi. Es decir, le estaba administrando calcio, hoy en día utilizado para tratar las convulsiones. Según otra vieja teoría, la hinchazón del cuello se aliviaba ingiriendo cenizas de una esponja quemada, que ahuyentaba al espíritu causante del mal. Estaban suministrando yodo en cantidad suficiente para corregir el bocio.

Aunque entre miles de medicamentos administrados en la medicina primitiva, sólo dos o tres fueran realmente efectivos, a esos magos – hechiceros – médicos se debe el gran principio del uso de medicamentos.

Este principio general de administrar medicamentos para tratar enfermedades pasó a la civilización y también muchas mezclas espantosas. Sorprende leer a Plinio, un gran escritor romano que escribió su “Historia Natural”, que recomienda comerse una rata, por lo menos una vez al mes, para evitar el dolor de muelas. Más aún, en el siglo XVII, Roberto Boyle, el padre de la química moderna, revisó la lista de medicamentos realmente útiles, e incluyó la suela de zapato viejo molida, para el tratamiento del dolor de estómago.

Si en el siglo XVII se creía en esto, no se puede ser muy exigente con las creencias primitivas.

Sin embargo, tenían algo en común, que aún hoy en día se observa. Esto es que las creencias eran el resultado de un error de lógica muy común en el modo de razonar cuando no se tiene la disciplina científica. Este error se basa en una confusión de causa y efecto. El hecho de que una cosa suceda después de otra, no quiere decir que la segunda haya sucedido a causa de la primera. Una persona enferma toma un medicamento y se cura, o sea que se curó después de tomarlo, pero no necesariamente por tomarlo, pues igualmente pudo haberse curado sin él.

Gracias a esta confusión, el hechicero de los pueblos primitivos se adjudicaba muchas veces, el mérito de haber sido él, con su tratamiento, el que curaba.

Al médico primitivo le debemos también el origen de lo que se llama Fisioterapia o tratamiento externo, que consiste en masajes, ejercicios, baños y aplicación del calor y el frío. Aplicaban masajes para ahuyentar a los espíritus que se habían metido en las articulaciones rígidas y en los músculos doloridos. Ponía al paciente en el suelo, lo machacaba y lo apretujaba de tal manera que los espíritus salían huyendo.

También aplicaba Psicoterapia, Con toda su magia y ceremonia provocaba una sugestión sobre el paciente haciéndole creer en su mejoría y en la disminución del dolor.

Hizo uso de la Cirugía, pero siempre con la intención de desalojar a los espíritus. Para ello era posible que cortara la punta de un dedo o que hiciera un agujero en el cráneo.

Usó el fuego como antiséptico, que era para él un espíritu poderoso que podía ahuyentar a otro espíritu.

Estos hechiceros tenían sus discípulos, que para serlo debían probar su fortaleza y protección contra los espíritus malignos. Tenía privilegios dentro de la tribu, pero también un gran inconveniente: el hechicero debía acertar siempre. Era responsable de todas las calamidades que cayeran sobre la tribu, y de no encontrar una solución se encontraba en una situación muy difícil y podía pagarlo con su vida.

La medicina primitiva aún continúa siendo practicada en algunas regiones de África, Asia, Sudamérica, Australia y en algunas islas del Pacífico, o entre tribus indias y esquimales de norte américa.

Utilizan remedios naturales, astrología, interpretación de sueños, ceremonias mágico – religiosas que usualmente pueden tener carácter psicoterapéutico, es decir sugestión.

El médico primitivo era un sacerdote – exorcista, y un erudito en comparación con sus congéneres. Hay que admitir que era tan sincero en sus actos como el médico moderno.

La teoría del origen sobrenatural de las enfermedades que nació con los hechiceros primitivos y que dio forma a los grandes principios de la medicina, se incorporó a la civilización de Egipto, Grecia y Roma.

La civilización hizo sus avances más importantes cuando el ser humano construyó villas y ciudades. Las tribus nómades no podían dedicar mucho tiempo al arte o a la ciencia, y siguieron viviendo primitivamente como lo hacen actualmente los beduinos del desierto o los esquimales. Al establecerse pudo tener más tiempo para dedicarse a los que llamamos “cultura”.

Uno de los lugares elegido para asentamiento fue la Mesopotamia entre el río Tigris y el río Eufrates (actual Irak), llamada la “cuna de la civilización”. Numerosos pueblos desfilaron por ella: sumerios, acadios, amoritas, asirios y caldeos, aunque hubo una civilización fundamental llamada, tal vez algo vagamente, babilónica.

En ese territorio se encontraron tablillas de arcilla escritas en caracteres cuneiformes de más de 5.000 años de antigüedad. Uno de los documentos más antiguos y de mayor significación para la medicina es el Código de Hammurabi, inscrito en un pilar de diorita negra, que se conserva en el Museo del Louvre (París).

El rey babilónico Hammurabi regía Babilonia cuando Abraham, originalmente ciudadano de la ciudad de Urs en la Mesopotamia, fundaba el estado hebreo.

El código de Hammurabi es uno de los cuerpos de leyes más antiguos, que sancionaba a todos aquellos que practicasen el arte de curar basado en la magia, sin la debida autorización. Contempla la práctica de médicos y veterinarios, establece las tarifas y los castigos. Es el testimonio de la profesión médica reconocida y regulada hace más de 4.000 años.

La medicina babilónica ejerció influencia sobre la medicina griega primitiva.

Los valles que riega el río Nilo, protegidos por un lado por el desierto y por el otro por el mar, fueron elegidos también, para el asentamiento de ciudades. Allí nació la civilización egipcia que dejó innumerables testimonios y manifestaciones. Por una parte, porque el clima seco y arenoso no permitió que el paso de los siglos los destruyera, y por otra porque la aparición de la escritura dejó el testimonio gráfico de sus actividades.

Se ha dicho que Egipto es la tumba de los orígenes de la civilización, enterrada en las arenas del desierto.

Embalsamaban a sus muertos con la creencia de una vida espiritual en otro mundo, pero con la necesidad del mismo cuerpo.

Existe una momia, no encontrada aún, o no identificada, que debe estar enterrada en una tumba cerca de Menfis y que tiene gran significado para la familia médica. Cuando se encuentre veremos al primer médico de quien existen documentos escritos: el médico Imhotep, nombre que significa “el que viene en paz”. Vivió hace cerca de 5.000 años durante el reinado del rey Zoser, faraón de la tercera dinastía.

Imhotep era hijo de un arquitecto y tenía tanto ingenio y sabiduría que el rey lo nombró Gran Visir, lo que significaba que recaían en él la mayoría de las responsabilidades del gobierno: oficiaba de mago, hechicero y sacerdote.

Los egipcios, como los pueblos primitivos, seguían creyendo en el origen sobrenatural de las enfermedades y la necesidad de aplacar a los dioses y espíritus causantes de ellas. Aunque el mundo de los espíritus egipcio era de una organización superior a la de los salvajes. En ese mundo había grados como en el ejército y los de grado inferior acataban las órdenes de sus superiores: los dioses, entre los cuales habían frecuentes competencias y rivalidades. Por ejemplo, el dios sol AMON RA se batía todas las mañanas con el dios de las tinieblas APEPI, quien trataba de evitar que el sol saliera.

Todas estas pendeencias redundaban en calamidades que afectaban a los seres humanos. La única forma que encontraban para librarse de ellas era por medio de la magia, invocando la protección de los dioses amigos de la humanidad. Lo curioso es que los dioses también podían enfermarse. Ra, de

vez en cuando se enfermaba de un ojo, lo cual era causa de que reinase las tinieblas por cierto tiempo. Lo que hoy llamamos eclipse.

El más grande de todos los sacerdotes el antiguo Egipto, el que mejor dominaba a los malos espíritus de la enfermedad y mejor sabía obtener para sus semejantes la protección de los dioses amigos era Imhotep. No sólo cuidaba al enfermo, sino que escribía en forma de proverbios todo cuanto aprendía de los hombres y de la vida.

Cuando murió lo enterraron con todos los honores y su fama sobrevivió, pues tenía que seguir ayudando en espíritu desde el otro mundo. El pueblo le erigió estatuas, le oró y lo convirtieron en Semidios.

Cuando los persas, bajo las órdenes de Cambises, conquistaron Egipto hace 2.500 años, Imhotep fue deificado y pasó a ser el dios egipcio de la salud y la medicina.

Se levantaron templos que en cierta forma eran hospitales y escuelas de medicina, adonde acudían a orar al dios, enfermos y lisiados, y donde los sacerdotes les aplicaban su magia contra las enfermedades y les recetaban medicamentos.

También escribían en papiros descripciones de las enfermedades que veían y la aplicación de tratamientos adecuados. Los más conocidos son los encontrados por el arqueólogo Edwin Smith en 1.862, y los hallados por Ebers en 1872.

El primero está dedicado a los cirujanos. Allí se describen 48 casos clínicos, heridas y fracturas con el tratamiento correspondiente, además de fórmulas mágicas para su aplicación, con una admirable perspicacia diagnóstica.

El papiro encontrado por Ebers está dedicado al diagnóstico clínico, habla de enfermedades internas identificables hoy en día y describe algunos tratamientos racionales como dietas, fisioterapia y drogas.

Estos papiros se consideran como los primeros anales escritos de medicina.

Los médicos egipcios fueron muy respetados en el mundo antiguo, y eran solicitados en las cortes de los emperadores persas.

Como los hombres, las civilizaciones evolucionan y envejecen. Hace 3.000 años la civilización egipcia había llegado a su cenit y empezaba a declinar. Pero con los siglos, llegó a ser el gran archivo de sabiduría donde otras civilizaciones más jóvenes iban a extraer conocimientos de los misterios de la vida y de la muerte, de la salud y de la enfermedad.

Una de estas civilizaciones se levantaba entonces al NO de Egipto, y allí un poeta, narrador de cuentos llamado Homero, contaba historias de unos bárbaros guerreros y navegantes que llegaron hasta las orillas del mar Mediterráneo donde encontraron pueblos de una civilización más antigua cuyas ciudades conquistaron y adaptándose a ellas, fundaron nuevas ciudades: Atenas, Esparta, Tebas y Corinto.

Sus habitantes, los helenos eran un pueblo ambicioso, no sólo de riquezas, sino de conocimientos. Creían en dioses propios, pero respetaban los ajenos, pues eran librepensadores y dispuestos a aceptar cualquier forma de creencia.

Cuando sus navegantes llegaron a Egipto conocieron a Imhotep, lo llamaron Imuthes y lo enlazaron a su dios de la medicina Asclepio. Ellos también creían en el origen sobrenatural de las enfermedades e invocaban la ayuda de los dioses para que los librasen de ellas.

Aunque la historia de Asclepio no es tan conocida como la de otros dioses griegos, la más difundida es la encontrada en los escritos del poeta griego Hesíodo, que vivió hace 2.700 años.

Apolo era el dios supremo de la medicina, y según cuenta Homero, era el médico de los dioses cuyas heridas curaba con la raíz de la peonía.

Coronis, una doncella de Tesalia, se casó en secreto con Apolo y engendró a Asclepio. El padre de la joven la obligó a casarse con su primo Ischis.

Apolo se enteró por medio de su espía el cuervo, y se enfureció. Su primera venganza la tomó con el cuervo, aunque fuera inocente, y de blanco lo volvió negro. (Fue el comienzo en occidente, del negro como color de luto).

Luego mató con una flecha al esposo Ischis, también inocente.

De Coronis se ocupó Artemisa, hermana gemela de Apolo, diosa de la naturaleza salvaje y de la caza en la tierra, casta y severa protectora de las doncellas y de las madres de familia, quien la condenó a la hoguera. Pero el dios sintió remordimiento y se llevó a su hijo Asclepio sacándolo de las entrañas de su madre que moría en la pira, y lo entregó a Quirón, centauro hijo de Cronos y de una ninfa, versado en el conocimiento de las plantas y en el arte de curar a hombres y animales, para que lo instruyera.

Asclepio aprendió tanto que comenzó a hacer prodigios. Como consecuencia, Hades, rey de los muertos y de los infiernos, se quejó a Zeus, porque se empezaron a despoblar sus dominios.

Zeus castigó a Asclepio con la muerte para mantener el equilibrio de la población, y Apolo se vengó, entonces, matando a los que forjaron el rayo con el que Zeus lo ajusticiara. También pidió al dios que pusiera a su hijo entre las estrellas y lo deificara.

Se dice que mientras vivió en la Tierra, Asclepio contrajo matrimonio con Epione, hija de Mérope rey de Cos. Tuvo varios hijos, los más famosos fueron dos varones Macaón y Podalirio, cirujanos, y dos mujeres Hygia, diosa de la medicina y Panacea, diosa de las virtudes curativas de las hierbas.

Por su parte, Homero cuenta una historia más terrenal. Dice que Asclepio fue un príncipe de Tesalia, que dominó el arte de curar y que lo transmitió a su descendencia. Algunos dedicados a la cirugía y otros oficiando de sacerdotes en los templos erigidos a la memoria de Asclepio, donde trataban los pacientes con enfermedades de causa desconocida a los que dejaban en manos del dios con su poder sobrenatural.

Los templos o asclepiones eran hermosos edificios de piedra donde se aplicaban tratamientos similares a los practicados en los templos egipcios o en las cuevas de Cro-Magnon. Los sacerdotes no chillaban, ni bailaban, ni usaban fórmulas mágicas egipcias, pero obtenían resultados por el mismo medio: la sugestión.

Tratemos de imaginarnos una escena en el templo griego de Epidauro, el más famoso dedicado a Asclepio.

En su entrada había una estatua del dios empuñando un báculo, como señal de poder, al que se enrollaba una serpiente, míticamente relacionada con el poder de los infiernos y como símbolo de vitalidad por los cambios periódicos de la piel. Hasta nuestros días sigue siendo el emblema de la medicina.

Junto al dios, a veces, se colocaba una estatua de Hygia.

El templo tenía teatros, canchas deportivas y parques.

Los enfermos acudían haciendo grandes filas y pasando días en los alrededores esperando turno. La condición para ser admitidos era que no



estuvieran demasiado enfermos porque hubiera sido una falta de respeto morir delante del dios, como tampoco eran aceptadas las parturientas.

La espera, sin saberlo ellos, era parte del tratamiento, ya que mientras llegaba su turno tenían que observar ciertas reglas para purificarse antes de ser llevado a la presencia del dios. No podía beber vino, tenía que reposar, seguir un régimen de comidas y tomar baños de agua fría salada. Cada día los reunían para leerles las curas, reales o no, que el dios había realizado.

Naturalmente, aquellos que con estas medidas higiénicas se sentían bien, estaban curados, algunos mejoraban y los otros, enfermos gravemente, que no encontraban solución no eran admitidos. Con esta selección, los fracasos eran pocos.

Los admitidos eran recibidos por un sacerdote que los llevaba por todo el templo hablándoles de las curas maravillosas, a la noche lo envolvían en blancas vestiduras y lo acostaban en un diván, mientras se oraba a los dioses.

El paciente se dormía y en sueños se le aparecía Asclepio e Hygia a los pies del lecho. Al despertar en el mismo lugar estaba el sacerdote con una serpiente y un perro. La primera se arrastraba por la cama y el segundo le lamía las manos.

El sacerdote le daba consejos, le recetaba medicamentos y le aseguraba que sanaría. Una cura se había llevado a cabo.

La fama de Asclepio se difundió por toda Grecia. Los descendientes fueron insuficientes y se vieron obligados a adoptar jóvenes extraños a quienes educaban para ser sacerdotes y médicos, jurando que llevarían una vida como correspondía a la familia de Asclepio. La fórmula de este juramento llegó a nosotros en muchas versiones, y modificada según la tradición de cada país, los estudiantes lo prestan el día de su graduación.

Este antiguo juramento griego comúnmente llamado juramento hipocrático es el código de los deberes morales del médico.

Trata de la vida que éste tiene que llevar y la forma correcta de actuar para ganarse la confianza de todo el que lo rodea y merecer el respeto de sus colegas. Mucho han cambiado los principios básicos de la medicina desde los griegos hasta hoy, pero la fórmula del juramento, la ética han quedado inmutables. Los griegos dieron al médico su posesión más preciada; ni adoración como dios, ni veneración como sacerdote, sino honor.

En el siglo V antes de nuestra era, ocurrió en Grecia el acontecimiento más importante en la historia de la medicina. Durante siglos y siglos la humanidad había buscado la causa de las dolencias en causas sobrenaturales, peleando contra sombras, sin que diera con el enemigo real. Por fin, empezó a buscarla en la naturaleza, en el mecanismo del cuerpo humano, en el mundo que lo rodeaba.

En esos días, Atenas era la ciudad suprema de Grecia, pero no fue allí donde comenzó a operarse el cambio. Fue en una colonia griega del Asia Menor llamada Jonia.

Un hombre llamado Tales, natural de Mileto, había estudiado en Egipto y regresaba a su hogar. Dijo que podía prever un día de tinieblas observando la posición de las estrellas, del sol y la luna. Naturalmente, le dijeron que era absurdo porque eso dependía de los dioses. Pero el eclipse se produjo, aunque Tales no logró convencer a los demás que no había sido informado por los dioses. Tampoco le creían que el agua era el elemento primario del que todo, incluso el ser humano se derivaba.

Pero sus ideas, a pesar de toda la resistencia, fueron adoptadas por otros pensadores.

Empedocles decía que el mundo se componía de tierra, aire, fuego y agua.

Pitágoras trataba de solucionar el enigma de la vida con las matemáticas diciendo que 4 eran los elementos, 4 las condiciones: calor, humedad, sequedad y frío, y 4 las sustancias fluidas del organismo: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra.

Lo más significativo era que el filósofo, prescindiendo de los dioses decía que las enfermedades eran debidas a causas naturales.

Su los 4 humores estaban equilibrados había salud, si no aparecía la enfermedad.

Durante los siglos posteriores estas 2 teorías serían la base de la medicina. Aunque actualmente se sabe que estas teorías no eran ciertas, si lo era la dirección en que se emprendió la búsqueda.

En aquel momento era difícil admitir que la causa de los infortunios y enfermedades era la propia ignorancia y la forma de vida inadecuada. Más fácil era evadir la responsabilidad de los errores, y la gente común prefería achacarle sus males a los dioses. Por eso, se rechazó en principio las teorías de aquellos pensadores.

Aún así, se difundieron esas ideas a Atenas, en un momento propicio en que las ciudades griegas estaban unidas frente a la invasión de los persas, primero al mando de Darío, y luego de Jerjes.

Le siguió un período de prosperidad bajo el gobierno de un gran estadista: Pericles; y los atenienses tuvieron tiempo de dedicarse al estudio y a la reflexión. En ese momento llegó de Jonia el filósofo Anaxágoras llevando todas las ideas innovadoras. Habló de los eclipses, de la causa del arco iris, las estrellas y los meteoros. Afirmó que la Tierra era redonda. Como todo esto significaba negar el poder de los dioses, fue arrestado y juzgado. Estuvo obligado a dejar Atenas, pero sus ideas quedaron, y muy pronto se formó el grupo de filósofos más grande existente hasta entonces. Lo encabezaban Sócrates, Platón y Aristóteles quienes se dedicaron a descubrir la verdad que se ocultaba tras los mitos.

Algunos eran médicos y trataban de normalizar el equilibrio de los 4 humores, o de aplicar el sistema de los números o la teoría del frío, calor, humedad, sequedad. Pero estas eran teorías, y el hombre enfermo quiere curarse y evitar nuevas enfermedades, lo que no conseguía con especulaciones.

A los filósofos les debemos que separaran a la enfermedad de los fenómenos sobrenaturales y a la medicina de la religión. Indicaron el camino, pero quedaba la enorme tarea de descubrir y recopilar los mecanismos de los fenómenos de la naturaleza, para empezar la clasificación de datos acerca de las enfermedades. Un hombre llamado Hipócrates de Cos, médico y filósofo rescató a la medicina del campo de las especulaciones, y comenzó esa labor, por lo que se convirtió en el Padre de la Medicina.

Hizo lo que ningún médico había hecho antes: examinar al enfermo con gran cuidado y describir de un modo fidedigno, sin teorizar sobre ello, los signos y síntomas de las enfermedades.

No buscaba pruebas de la existencia de maleficios de los dioses, ni trataba de demostrar que los humores estaban desequilibrados, él sólo trataba de estudiar con toda exactitud, la diferencia entre un hombre enfermo y uno sano, como también entre dos enfermos.

Su gran labor fue la observación y la recopilación de datos que es la base de la medicina moderna. El método general que sigue un médico de cabecera moderno es el que usó Hipócrates hace más de 2.300 años. Fue el creador de la historia clínica. Nunca pudo diagnosticar, porque no tenía elementos para hacerlo, como lo pudieron hacer los médicos que actuaron hasta después del siglo XVIII. Pero sí podía pronosticar, prever el curso que seguiría la enfermedad mediante la observación y la comparación. Aplicó tratamientos, comparó resultados y los archivó. Fue el primero en aplicar principios científicos y diferenciar la especulación de la comprobación de los hechos.

Dijo: "Saber es una cosa, más simplemente creer que se sabe es otra. Saber es ciencia, más simplemente creer que se sabe es ignorancia".

Estaba convencido de que existía una fuerza inmortal llamada Ignis que movía la materia mediante el Enormon o cuerpo fluídico.

Se conoce poco de su vida. Nació en la isla de Cos, aproximadamente en el año 460 antes de nuestra era. Era miembro del grupo de los que pretendían descender de Asclepio, por adopción. Murió aproximadamente en el años 360 a.d.n.e. No hay certeza de que sea autor de todos los manuscritos que se le atribuyen, pero al fin y al cabo, esto no importa, porque Hipócrates es más un nombre que un hombre, bajo el que se agrupa a todos los grandes hombres de Grecia, ahora olvidados, que en el siglo V antes de nuestra era, crearon las bases científicas de la medicina.

Su nombre llegó hasta nosotros para simbolizar al médico ejemplar.

Imhotep con su magia personifica al dios de la SALUD.

Asclepio con sus virtudes divinas fue el modelo de sacerdote-hechicero y llegó a ser DIOS DE LA MEDICINA.

Hipócrates con su honestidad y su empeño en razonar, personifica el ideal de la medicina científica y es el SEMIDIOS DE LA MEDICINA MODERNA.

La cultura griega se diseminó por el mundo civilizado y en cuanto a la medicina se refiere se divulgó la Escuela Hipocrática, particularmente a Alejandría, donde se congregaban en el siglo III y II antes de nuestra era, los doctores en medicina más importantes de la cultura occidental.

Allí se llevó a cabo el adelanto más importante desde los días de Hipócrates: el estudio de la anatomía humana, a base de la disección del organismo, que estuvo permitida durante un período no muy largo.

Un médico llamado Herófilo escribió en Alejandría un libro de texto de anatomía, que era realmente un papiro. Descubrió los nervios diferenciándolos de los tendones, descartando la teoría de Aristóteles que no había logrado aislarlos, como tampoco había podido interpretar que la sangre circulaba por las arterias, de allí que las denominara arteria = pasaje de aire.

El conocimiento de la anatomía es el primer paso hacia el descubrimiento e la causa de las enfermedades. Lamentablemente no se pudo continuar por razones religiosas y la medicina se detuvo durante 1.800 años. La medicina antigua había llegado a la cima y comenzó un largo período de declinación.

Hacia el oeste de Grecia se extendía una franja de tierra que se adentraba más en el mar Mediterráneo. La mayor parte pertenecía a un pueblo llamado latino o romano a causa de la ciudad más importante: Roma

Los romanos eran sobre todo, un pueblo agricultor que había luchado durante años con sus vecinos los etruscos y con los bárbaros de la Galia del norte, hasta que finalmente, se hicieron dueños absolutos de toda la región central de la península.

En esa época los romanos eran mucho menos civilizados que los griegos. Adoraban a dioses similares y su medicina era de carácter religioso. Tanto que tenían un dios o diosa para cada síntoma, aunque carecían de médicos.

Se convirtieron en conquistadores pero no dejaban en los nuevos territorios, como lo hacían los griegos, nuevas ideas, sencillamente porque no las tenían. Eran gente práctica, dedicada a la política, las leyes y la guerra.

Los médicos griegos viajaban a Roma en busca de fortuna y sus ideas tuvieron gran aceptación. Los romanos contribuyeron con la salud pública o sanidad, instalando cloacas y acueductos; pero su mayor aporte fue la fundación del primer hospital que el Emperador Claudio fundó en el año 41 al 54 en Roma, aunque es necesario aclarar que no eran gratuitos ni de caridad.

Se debe admitir que algunos hombres dedicados a la atención de las enfermedades creían en la ciencia, pero prevalecía el concepto mágico de las causas y los tratamientos.

Cuando los romanos enfermaban, buscaban al herbolario o cortador de raíces en busca de hierbas mágicas recogidas con ciertos ritos para que fueran efectivos.

En esa época se destacaron tres figuras:

Dioscórides: cirujano de los ejércitos, escribió la *Materia Médica* donde clasificó diversas plantas según las enfermedades a tratar.

Plinio el viejo: erudito sin sentido crítico, que aceptada todas las recomendaciones sin experimentar con ellas previamente. Escribió las *Historia natural*, que consistía en un compendio de casi 2.000 libros diferentes. Afirmaba que cada planta servía para curar una enfermedad, muchas de ellas todavía utilizadas en Europa, porque aunque algunas equivocadas, persisten las ideas en la creencia popular.

La leyenda dice que murió por acercarse durante una erupción del Vesubio y recibir una lluvia de piedras.

Galeno: el único que trató de experimentar. Nació en el año 129 en Pérgamo, colonia griega de Asia Menor, cuyo rey Atalo III tuvo la ocurrencia, antes de morir, de legarla a los romanos, sin una causa aparente.

Hijo de un ingeniero, le asignaron su nombre que significa "el que posee la calma y la paz". Era sumamente inteligente, seguro de sí mismo y dispuesto a asumir responsabilidades.

Primero estudió filosofía y más tarde medicina. Se dirigió a Alejandría, único lugar donde podía estudiar anatomía con cadáveres.

Regresó a Pérgamo a ejercer su profesión y luego lo hizo en Roma donde alcanzó fama por tener éxito con un paciente influyente convirtiéndose en médico de la corte. Escribió mucho y siempre estaba convencido de que estaba en lo cierto. A todo le daba una explicación plausible, y si no la tenía especulaba, imponiéndola. Se ha dicho que cometía lo que Hipócrates llamaba "el pecado de la ignorancia", sin embargo, alcanzó la reputación más notable como médico después del padre de la medicina.

Actualmente se sabe que Galeno prescribía tratamientos con hierbas totalmente inútiles, con explicaciones muy extensas sobre sus propiedades que parecían reales; no obstante todavía hay comunidades que las usan como remedio casero, convencidas de su efectividad.

Sin embargo, no se debe ser muy severo en esta apreciación y reconocer que Galeno fue un pionero de la experimentación, y con él termina un capítulo de la historia de la medicina.

Aparentemente la civilización romana retrocedía. Pululaban en Roma los hechiceros, brujos, astrólogos y charlatanes, y la medicina con base razonada sólo vivía débilmente en los monasterios.

Habían transcurrido 1.000 años desde Hipócrates y pasarían 1.000 años más para que reviviera en oriente con los médicos árabes Razis y Avicena (Irán)

El Renacimiento marcó en occidente el principio de un verdadero avance científico, que llegó a su apogeo en el siglo XVI. Sin embargo, a pesar de que los médicos estudiaban en universidades no comprendían la enfermedad, mucho más de lo que sabía el salvaje. Existían muchas teorías y pocas demostraciones.

Era necesario un crítico que sembrara el descontento.

Paracelso nació en Suiza, estudio medicina en las universidades oficiales, pero no quedó satisfecho con la información recibida en las aulas. Comenzó a observar, viajar y experimentar. Rompió con el pasado, retó a las autoridades y fue censurado por sus malos modales e irrespeto.

Se lo considera hoy como el primero de los médicos modernos.

Comenzó entonces, una época riquísima en figuras prominentes. La ciencia médica había encontrado su camino. Sería interminable citar a todos los que se destacaron, e injusto no mencionar a aquellos que hicieron tanto sin pasar a la historia.

Recordamos a los médicos que marcaron hitos importante en el desarrollo de la ciencia:

Vesalio, padre de la anatomía en 1.514.

Paré, experimentador y cirujano del siglo XVI.

Sanctorio, logró avances en las mediciones: termómetro, pulso, en el siglo XVI.

Harvey, estudió el mecanismo del corazón en el siglo XVII.

Servet, descubrió el paso de la sangre a los pulmones en el siglo XVI. (Murió en la hoguera por hereje)

Malpighi, descubrió el proceso de la sangre arterial a venosa. (Disponía de microscopio)

Sydenham, marcó la diferencia entre síntomas y la verdadera enfermedad, e inició el sistema de descripción de las mismas.

Nos hemos referido al rumbo de la medicina en Europa occidental de la que hemos recibido la influencia. Naturalmente en oriente tuvo su propia historia.

En la India, Susruta es considerado el primer médico cirujano de la India antigua, 400 años antes de nuestra era.

En China con sus tradiciones milenarias y los libros médicos Nei Ching de la dinastía Chou, dedicados a la acupuntura.

Por otra parte, e América precolombina tuvieron auge las prácticas de trepanaciones en las tribus del actual Perú, y las aplicaciones mágicas de las tierras del norte.

Sería interminable el relato porque la historia de la medicina es la crónica del mundo entero.

Los hechos sucedidos en occidente en el siglo XIX y XX, son ya contemporáneos. Es la historia de continuos descubrimientos, batallas ganadas y perdidas, pero siempre la persistencia en continuar la investigación.

La medicina moderna ha evolucionado enormemente y su práctica se ha complicado tecnológicamente. Han aparecido especialidades y sub-especialidades, porque una sola persona no puede abarcar todos los conocimientos adquiridos. El médico ya no trabaja solo y son necesarios

equipos de trabajo con atribuciones y competencias limitadas. La tecnología ha ido aportando aparatos, máquinas e instrumental cada día más sofisticados y más costosos. Como consecuencia, se han creado instituciones que los puedan adquirir para su aplicación por varios profesionales a grandes masas de la población.

Aún así, su costo se acentúa cada vez más y esto trae aparejada la imposibilidad de la atención sanitaria moderna y eficiente en forma gratuita y a bajo costo. Tal vez, este sea el reto de la medicina actual.

La lucha contra la enfermedad, el dolor y la muerte continúa. En todos los tiempos y latitudes existieron hombres, y en el último siglo, mujeres que se dedicaron a esa lucha.

Vivió en los últimos 70 años un médico, pediatra y escritor, que por cierto me recibió en la clase inaugural como decano de la Facultad de medicina de Bs. As., llamado Florencio Escardó, que una vez se preguntó: ¿Es que el alma del médico tiene algo de peculiar o específico que la diferencia del alma del explorador o del artista?

Se contestaba a sí mismo:

No hay duda de que cada menester humano tendrá un alma correspondiente a las cosas que le incumben. No significa esto que todos los médicos tengan un alma específica, y menos que la tengan por el hecho académico de serlo. Pero si quiere decir que tiene ciertas características e inclinaciones que lo llevan a ese servicio.

El alma del médico se ve resplandecer y elevarse a regiones altísimas cada día y aún a cada rato con la satisfacción del éxito en la lucha, con el dolor y la preocupación en los momentos de impotencia.

Sería pueril negar, que existen médicos que no cumplen con todo lo que se espera de ellos. No debemos olvidar que son espíritus encarnados, con todos sus defectos, sus limitaciones, sus tendencias, y en condiciones de aprendizaje espiritual como todos los demás.

Escardó dijo: "La única manera de cultivar el alma del médico es cultivar el alma del ser humano. La fórmula no falla jamás: ser humano pequeño = médico pequeño".

Se ha dicho que la vocación de médico es una vocación de inquietud, de intranquilidad y desasosiego. La agitación viene de afuera. El ser que sufre, muchas veces es imperioso, invasor, hasta desconsiderado, en ocasiones. La medida de su reclamo no es la enfermedad, sino su temor, y no se detiene ante el descanso, la soledad, la intimidad, ni aún la enfermedad del médico. A veces el enfermo puede llegar al paroxismo de la amenaza.

El médico necesita un alma templada, aún frente a la injusticia.

El aplomo es una obligación profesional. La duda del médico no se debe percibir jamás, porque sería percibir la grieta en el muro en que se apoya el enfermo.

El descanso es relativo. La máquina de hacer diagnósticos trabaja en la calma nocturna a velocidad increíble.

Su responsabilidad es grande y se espera todo de él. A veces, en presencia de un accidente imprevisto o una muerte súbita sus recursos son los mismos que los de cualquier profano pero es inevitable el pedido: ¡Haga algo, doctor!

La serenidad es indispensable. No puede desahogar su inquietud como cualquiera y debe mostrarse impasible.

La ecuanimidad es una norma profesional. Percibe y conoce las pasiones y debilidades de su paciente, pero no debe juzgar, apenas le es lícito considerarlas como síntomas. No le está permitido el reproche ni la recriminación.

La comprensión es indispensable. A veces debe respetar lo que parece indigno de respeto.

La simpatía es obligatoria. Tiene que ser inmutable e impasible. No sólo en los azares físicos y emocionales, sino lo que es infinitamente más difícil, frente a la calidad moral de los pacientes. No es juez y crítico.

La imparcialidad es norma. Debe atender con el mismo fervor una existencia útil, bella y noble, que la del homicida o vicioso.

De la misma manera que debe evitar que las pasiones ajenas perturben su calma está obligado a prohibir que sus propias pasiones penetren en el recinto inviolable de la relación médico-paciente.

Necesita controlar sus propios sentimientos. No tiene derecho a dejar traslucir su duda, su temor o su asco, aunque desde Aristófanes hasta hoy se ha supuesto burlescamente que los médicos son masoquistas que se recrean en la inmundicia...

Jamás debe dejar traslucir sus dolores físicos.

No debe envanecerse por sus triunfos, ni abatirse por sus derrotas.

Su paciencia será puesta a prueba. Oirá diariamente las más absurdas preguntas, las más oblicuas insinuaciones nacidas del prejuicio, la ignorancia, la superstición y la desconfianza.

Cualquier profano se sentirá capaz de someterlo a examen y pretenderá tener razón. El médico no sólo deberá comprender sin alterarse, sino que deberá cumplir con otra obligación: instruir y educar.

Entonces, para ser ecuánime debe tener un alma libre.

Libre del temor físico (contagio, suciedad, amenaza)

Libre del miedo moral (juicio ajeno, apariencia equívoca)

Libre del miedo espiritual (despego de todo dogma que comprometa la libertad del enfermo)

Libre del miedo social (sujeción al poderoso, prejuicio social, racial, religioso o político).

Luis Razetti, médico venezolano, maestro de médicos se expreso así:

“Muchas son las cualidades que el ser humano ha de tener para ser médico. No todos poseen estas cualidades, y muchos que las poseen no las practican, por eso no todos tienen la aptitud necesaria par ser médicos profesionales. Algunos hasta pueden ser sabios, pero no todos los sabios son honrados. Para la competencia profesional vale más ser honrado que sabio

Es indudable que la misión encarnatoria que se impone un espíritu en su labor de médico es exigente, pero muy satisfactoria si alcanza el éxito. Pone a prueba su fortaleza para alcanzar el perfeccionamiento de muchos atributos espirituales.

Frecuentemente, la actividad médica se observa sólo en su dedicación hacia el prójimo, y se censura de acuerdo a su desprendimiento y su desinterés económico; pero no se contempla desde el aspecto espiritual del ser que elige esa labor para su desarrollo y progreso en su vida encarnada.

Igual que todos los espíritus busca disminuir sus debilidades espirituales y avanzar en su evolución. La elección de esa profesión le da las oportunidades, pero como todos, encuentra dificultades, a veces, imposibles de sortear.

El alma del médico es apenas el alma del ser humano. Ningún médico puede valer más, ni significar más de lo que significa como ser humano. La medida del alma del médico es exacta e inextensiblemente la del espíritu del médico que lo encarna. Su vocación, valiosa como todas las vocaciones lo encaminará, su amor lo motivará y el deseo de progreso espiritual lo impulsará.

Recuerdo nuevamente palabras de Osvaldo Loudet.

“El ejercicio de la medicina es una escuela de amor al prójimo, de acatamiento a las leyes naturales, de resignación ante el destino, de auxilio sin tasa, al dolorido, de sacrificio sin gratitud y sin premio, de silencio y oscuridad en los triunfos, de sereno estoicismo ante la adversidad y la injusticia, de humildad y de modestia ante la fragilidad de nuestra vida. El hombre que ejerce la medicina debe desprenderse de toda vanidad y todo orgullo, porque los días que corren le enseñan que la existencia es una llama oscilante, un soplo vital efímero, una nota evanescente, una sombra que pasa ante la eternidad del Universo”

Estas palabras modernas son reflejo del juramento hipocrático que concluye:

“Que mientras guarde este juramento inviolado, me sea concedida una vida feliz, en la práctica de mi Arte, respetado de todos los hombres, en todos los tiempos.

¡Mas si transgrediera o violara este juramento, que todo lo contrario sea mi suerte!”



## JURAMENTO DE LOS ASCLEPIADES PRE-HIPOCRÁTICOS

Juro por Apolo el médico, y por Esculapio; por Hygea y Panacea y por todos los dioses y diosas.

Que de acuerdo a mis capacidades y mejor discernimiento he de cumplir con este juramento y con lo en él estipulado.

Que he de considerar a quien me ha instruido en este Arte como a mi propio padre y como a tal he de amar y con él repartiré mi hacienda y lo he de remediar en sus necesidades siempre que para ello fuera requerido.

Que he de mirar por todos sus hijos al igual que por mis propios hermanos y he de instruirlos en este Arte, en el caso de que quisieran aprenderlo sin recompensa alguna ni estipulación previa de ninguna clase.

Que por medio del precepto o de la plática, o cualquier otra forma de enseñanza, he de instruir en este Arte a mis propios hijos, y a discípulos constreñidos por este juramento, según las leyes de la medicina, pero a nadie más.

Que he de seguir la forma de tratamiento que de acuerdo con mi mejor saber y discernimiento considere mejor para beneficio de mis pacientes, absteniéndome de todo aquello que pueda ser peligroso o dañino.

Que no he de dar venenos mortales a nadie, aunque para ello fuera requerido, ni he de sugerir a nadie tal consejo.

Que he de vivir y practicar mi Arte en pureza y santidad.

Cualquier cosa que viere y oyere en la vida de los hombres, que no deba repetirse, no la he de divulgar, teniendo presente que tales cosas deben guardarse siempre secretas.

Que mientras guarde este juramento inviolado me sea concedida una vida feliz en la práctica de mi Arte, respetado de todos los hombres en todos los tiempos, ¡mas si transgrediera o violara este juramento, que todo lo contrario sea mi suerte!

Aceptado por Hipócrates con algunas variantes

## ORACIÓN DE MAIMÓNIDES

¡Oh Dios!... Llena mi alma de amor por el arte y por las criaturas. No permitas que la sed de dinero y la gloria influyan en el ejercicio de mi arte, pues los enemigos de la verdad podrían acusarme y alejarme del noble deber de hacer el bien a tus hijos.

Sostén la fuerza de mi corazón para que esté siempre pronto a servir al rico y al pobre, al amigo y al enemigo, al bueno y al malo.

¡Haz que sólo vea al hombre en el que sufre!

Que mi espíritu esté alerta junto al lecho del enfermo, que ningún pensamiento extraño lo distraiga para que tenga presente todo lo que la ciencia y la experiencia me han enseñado.

Haz que mis enfermos tengan confianza en mí y en mi arte y que sigan mis consejos y prescripciones.

Aleja de su lecho a los charlatanes, al ejército de parientes de los mil consejos y de los enfermeros que siempre saben todo, pues todos son peligros que por vanidad hacen fracasar los mejores intentos del arte y llevan a menudo a la muerte a las criaturas.

Si los ignorantes me critican y se burlan, haz que el amor de mi Arte, como una coraza me haga invulnerable para que yo pueda perseverar en la verdad sin consideraciones por el prestigio o la edad de mis enemigos.

Préstame, Dios mío, indulgencia y paciencia para con los enfermos caprichosos y groseros. Haz que sea moderado en todo pero insaciable en mi amor por la ciencia.

Aleja de mí, ¡Oh, Dios mío!, la idea de que todo lo puedo. Dame la fuerza, la voluntad y la ocasión de ensanchar más y más mis conocimientos.

Moisés Ben Maimón (Maimónides)  
(1135 – 1204)

## JURAMENTO DE HIPOCRATES

En el momento de ser admitido entre los miembros de la profesión médica me comprometo solemnemente a consagrar mi vida al servicio de la humanidad.

Conservaré por mis maestros el respeto y el reconocimiento a que son acreedores.

Desempeñaré mi Arte con conciencia y dignidad. La salud y la vida del enfermo serán las primeras de mis preocupaciones.

Respetaré el secreto de quien haya confiado en mí.

Mantendré, en todas las medidas de mi medio, el honor y las nobles tradiciones de la profesión médica. Mis colegas serán mis hermanos.

No permitiré que entre mi deber y mi enfermo vengan a interponerse consideraciones de religión, de nacionalidad, de raza, partido o clase.

Aún bajo amenazas no admitiré utilizar mis conocimientos médicos contra las leyes de la humanidad.

Hago estas promesas solemnemente, libremente, por mi honor.

Fórmula de Ginebra  
Asociación Médica Mundial